

der nuestro corazon en amor de Dios.

Tambien conviene advertir en este lugar que la principal dificultad deste negocio no está en el exercicio de amar à Dios (porque esta es obra de gran suavidad) sino en desterrar de nuestra anima los impedimentos deste amor, de que en esta primera parte se trata. Assi vemos que toda la dificultad que ay en hazer de un leño fuego, está en consumir lo que alli contradice à la forma del fuego (que es la humedad y frialdad, y materia de vapores que ay en él) porque esto hecho, en un punto se levanta la llama del fuego, y arde. Pues lo mesmo acaesce quando un corazon frio y aficionado à las cosas del mundo queremos que venga à arder en amor de Dios. Porque no está la dificultad en el amor, sino en consumir lo que impide este divino amor.

De donde se infiere un aviso muy notable, y que sirve para entender y evitar muy grande parte de los engaños que aqui pueden entreenir: y es, que no debe el hombre medir su aprovechamiento en este camino por la suavidad, ni por las consolaciones, ò ternuras, ò lagrimas que algunas vezes tiene (aunque esto sea loable cosa y sancta) sino por la mortificacion y victoria de todos estos padrastras, de que en esta primera parte avemos de tratar: que son, desordenado amor proprio, y propria voluntad, con todos los appetitos que de aqui proceden. Porque ay algunas personas tiernas de corazon, que con qualquier pensamiento, ò de la passion del Señor, ò de otra cosa tal, luego se resuelven en lagrimas, y sienten grande suavidad. Mas como esto mas proceda en los tales de natural ternura de corazon, que de puro amor, no deben juzgar por aquí su aprovechamiento, si no juntáren con esto la victoria de su propria voluntad, y de sus appetitos y malas inclinaciones.

Tambien conviene aquí advertir, que como en los exercicios de las oraciones y consideraciones de la segunda

parte aya gusto y suavidad, y en los de la primera dificultad, muchos se entregan mas à lo dulce que à lo agrio. Mas en ningun caso conviene que sea assi; porque desto se seguirian peligros ò inconvenientes: sino igualmente se debe el hombre dár à lo uno y à lo otro: poniendo el uno de los dos ojos en la mortificacion, y el otro en la oracion, y en las consideraciones que nos enciendan en el amor de Dios; porque con la suavidad de lo uno podamos tragar el desabrimento y trabajo que ay en el otro.

CAPITULO III. Y

Del primer medio que se requiere para alcanzar el amor de Dios: que es la victoria del amor proprio.

Antes que comenzemos à tratar desta primera parte, conviene presuponer que en aquel bienaventurado estado en que Dios crió el hombre, ninguna cosa le era mas facil, ni mas natural, ni mas suave que amar à su hazedor. Porque qué cosa mas natural que amar la criatura à su Criador, el efecto à su causa, el principiado à su principio, y la parte al todo de dó procede? Porque desta manera vemos que el brazo se pone delante de la cabeza à recibir el golpe de la espada por conservar à ella: donde se vé claro, que mas ama la parte à su todo que à sí mesma.

Mas siendo esto assi, estando la naturaleza entera, atravesóse el peccado de por medio, y estragóse la naturaleza: y yá el hombre no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podia, por los grandes impedimentos que por esta parte se le rescierón. Porque el que antes del peccado amaba à Dios mas que à sí, despues del peccado ama à sí mas que à Dios. Mas antes del peccado original no es otra cosa, que un torcimiento y adulterio espiritual, con que el hombre nasce aficionado y enamorado de sí mesmo y desafficionado à Dios.

Pues

Pues este amor desordenado, con todas las otras afficiones que nascen dél, es el principal impedimento que tenemos para amar à Dios: porque tirandonos para sí, nos aparta dél: y llamandonos al amor de los bienes terrenos, nos haze bolver las espaldas à los celestiales. Por lo qual si este amor se quitasse de por medio, no avria impedimento en el amor de Dios.

Pues segun esto, el que de veras y de todo corazon desea alcanzar el amor de Dios, tengase por dicho que ha de pregonar guerra pública contra el amor proprio. Y por amor proprio entiendo siempre en este tratado el desordenado amor de su proprio cuerpo, y de todo lo que al cuerpo pertenesce. Y digo desordenado, porque si es bien ordenado y reglado, no es malo, sino bueno y necesario para la conservacion de la vida. Porque no es cosa nueva, sino muy possible, ser una cosa de su naturaleza buena y necessaria para la vida, la qual siendo demasiada ò desordenada, es dañosa. Assi vemos que la sangre es necessaria para la conservacion de la vida; mas si ay pujamiento desta sangre, succeden enfermedades, y à vezes muerte por ella. Lo mesmo se entiende en el calor natural, en el qual consiste la vida del animal: mas si es demasiado, causa fiebres y enfermedades. Tambien los rios caudalosos, quando corren por sus madres à ninguna cosa dañan: mas quando se desmandan y crecen, anegan todos los lugares por dó passan. Pues assi decimos que el amor proprio con todas las otras afficiones que dél proceden, assi de honra como de hazienda, quando son medidas con la regla de la razon y de la ley de Dios, son saludables y virtuosas: mas quando salen deste compas son perjudiciales y viciosas.

El officio y naturaleza deste amor proprio es desear desordenadamente

todos los bienes que sirven al cuerpo: los cuales son casi innumerables: pero reducelos Sant Juan (a) à solos tres, que son, hazienda, honra, y deleytes corporales. Pero assi como ponemos en el mundo quatro vientos principales, que soplan de las quatro partes dél, entre los cuales contamos otros casi innumerables, que se reducen à estos: assi tambien se señalan estas tres maneras de bienes temporales, debaxo de los cuales se comprehenden todos los demás. Porque debaxo de la honra se comprehenden officios, dignidades, títulos, mandos, señorios, privanzas, exémpciones, libertades, preeminencias, cargos, fausto, pompa, acompañamiento, y otras cosas tales que sirven à la honra mundana.

Debaxo de la hazienda se comprehenden todas las especies y maneras que ay de intereses y provechos temporales: como son patrimonios, heredades, rentas, ganancias, y otras infinitas maneras que ay de bienes desta qualidad.

Debaxo deste nombre de deleytes se comprehende otra gran flota de diversas cosas, en que se deleytan assi los sentidos exteriores del cuerpo, como los interiores del anima. Porque los ojos naturalmente se deleytan en la variedad y hermosura de los colores, de los edificios, de las tapicerías ricas, de las danzas, y bayles, y de todo genero de hermosuras. Los oidos huelgan con todas las maneras que ay de musicas, assi naturales como artificiales: que son las delicias que ay en los Palacios de los Principes. El sentido del oler huelga con todas las confecciones de unguentos y aguas olorosas, y con infinitas maneras de especies aromaticas que para esto nascen, ò se hazen cada dia. Pues yá para el gusto no tienen cuenta las diferencias de manjares que la naturaleza provéyó; y mucho menos la de los potages y guisados que el arte

(a) 1. Joan. 2.

inventó, y los combites que para esto cada día se celebran. Pues para el sentido del tacto tambien sirven la cama blanda, y la vestidura preciosa, con todas las invenciones de trages que sin fin y sin medida se descubren cada día.

Con estos ay otros objetos mas espirituales, que sirven para los otros sentidos mas delicados. Porque la curiosidad de los ingenios humanos es amiga de saber, y de vér, y de tener todas las cosas muy polidas y primas. Para lo qual sirven las alhajas preciosas, los libros y estudios, mas curiosos que provechosos, las platicas, las conversaciones, las vistas, las salidas, las visitas, y discursos à diversas partes, para deleytar con la variedad de las cosas todos estos sentidos.

Pues como no sea otra cosa amar sino querer bien, claro está que el que desordenadamente ama à sí mismo, tambien desea desordenadamente todos, ò à lo menos muchos destes bienes para sí. Y por esto este amor con razon se llama fecundissimo, porque tiene todos los bienes corporales del mundo por objetos. Y assi este desordenado amor parece que es como el vientre de una vibora preñada, de donde salen muchos viboreznos, no menos ponzoñosos que la mesma madre que los pare. Pues aquel que busca el puro y perfecto amor de Dios, ha de despidir de sí, y mortificar todos estos appetitos y amores, quando son (como diximos) demasiados. De manera que à todos ha de dár libéro de repudio, y à todos ha de echar fuera de casa, si quiere triumphar del proprio amor. Porque assi como no se puede arrancar un arbol de quajo, si no le cortan todas las raizes con que está preso: assi tampoco se puede arrancar este arbol de muerte (que es este amor desordenado) sino es cortando todas estas raizes de particulares bienes, que dél proceden y le sostienen. De donde, assi como escriben

las historias de nuestros tiempos, que para conquistar la ciudad de Granada, primero fueron conquistados uno por uno todos los castillos y fortalezas que estaban en torno della, y la defendian: assi tambien para conquistar este amor tan poderoso es necessario ir poco à poco venciendo todos los otros amores que deste proceden y le sustentan, desapegando del corazon el amor de todas las cosas transitorias y visibles, y trasladandolo à las invisibles: para que assi reyne sin contradiccion en nuestras animas el amor de Dios. Porque de otra manera (como dice Sant Juan Climaco) assi como es imposible con un mesmo ojo mirar al cielo y à la tierra, assi tambien lo es con una mesma voluntad amar desordenadamente à sí, y amar à Dios.

§. Unico. De como no se compadescen juntos amor de Dios y desordenado amor de sí mismo.

Y Porque quanto mas certificado estuviere el hombre desto, y mas desengañado, mas se esforzará à tomar las armas y pelear contra este gigante, apuntará aqui las razones por las quales claramente se vea la incompatibilidad y contrariedad de estos dos amores.

I. IMPEDIMENTO. Porque primeramente yá se sabe que (como dice Sant Augustin) (a) el amor proprio es causa de todos quantos peccados ay en el mundo: y él es el que edifica y puebla la ciudad de Babilonia de sus ciudadanos, que son los hijos de confusion: assi como por el contrario, el de Dios edifica la de Hierusalém. Porque ningun hombre pecca, sino por alcanzar alguna cosa que desordenadamente ama; como peccó Judas por cobdicia de los treinta dineros que le dieron por Christo: y David por la cobdicia de la hermosura de Ber-

Bersabé: y nuestra primera madre por la golosina del arbol vedado: y assi todos los demás. Pues todos estos deseos y cobdicias claro está que son hijos del amor proprio: pues esse es el que deseando desordenadamente esos bienes, nos haze cerrar los ojos à Dios, y traspasar sus mandamientos. Pues si ninguna cosa ay mas contraria à la charidad que el peccado mortal, porque la charidad es vida del anima, y el peccado muerte: qué tan contrario será à la charidad lo que es causa de todos los peccados del mundo, que es este amor desordenado? Ves quán grande impedimento sea este para alcanzar esta virtud?

II. IMPEDIMENTO. Hazenos tambien daño por otra via: porque no solo es incentivo de los peccados, sino tambien el mayor impedimento que ay para alcanzar las virtudes: à las quales pertenece disponer el anima para el amor de Dios, à quien todas ellas se ordenan, assi como las medicinas à la salud. La razon deste impedimento es, porque (como toda la Philosophia confessa) proprio es de la virtud exercitarse en cosas arduas y dificultosas: à lo qual repugna el amor proprio, cuya naturaleza es huir toda dificultad y trabajo: y por esto necesariamente ha de huir de la virtud, por estar abrazada con él. Por donde assi como los que son enemigos de dulce, no pueden comer manjar que esté guisado con cosa dulce, aunque él por sí sea muy sabroso: assi el que es capital enemigo del trabajo, tambien lo ha de ser de la virtud, por muy preciada que sea, por andar siempre acompañada con él. Por lo qual dixo muy bien Seneca, que en el reyno del deleyte no tenia lugar la virtud. Y en otro lugar dice el mesmo que muy poco estimará la virtud el que fuere muy amigo de sí mesmo.

III. IMPEDIMENTO. Con esto tambien se junta que la mayor parte de las virtudes morales se emplean en mo-

derar las passiones naturales, apartándolas de los extremos (porque son viciosos) y reduciéndolas à una templada mediocridad, en la qual consiste la virtud. Pues à esto contradice tambien la desorden deste amor: el qual assi como es desaforado y vehemente en todos sus deseos, assi tambien lo es en todas las otras passiones que naturalmente se siguen dél: y quanto estas son mas furiosas y vehementes, tanto menos puede la virtud apoderarse dellas y enfrenarlas: assi como el cavallero al cavallo furioso, y de mala boca, y desobediente al freno. Pues segun esto lo que tan grande impedimento es para alcanzar las virtudes, tambien lo será para alcanzar la charidad, que no puede estar sin ellas.

IV. IMPEDIMENTO. Y demás desta ay aun otra razon por donde este mal amor nos cierra la puerta para el amor de Dios. Porque como arriba tocamos, uno de los principales medios por donde se alcanza este sancto amor es la profunda oracion y consideracion de todas aquellas cosas que pueden encender nuestro corazon en este amor: para el qual exercicio cierra la puerta este otro mal amor, quando está muy apoderado de nuestro corazon. La razon es, porque donde está el amor aý está todo el hombre con todas sus potencias y sentidos, sin aver quien de aý las aparte. Porque quien dixo que donde estaba el amor estaban los ojos, aunque dixo verdad, dixo poco. Porque la razon que están aý los ojos (que es por el gusto que tienen de mirar lo que aman) por essa mesma están todos los otros sentidos, gozando cada qual en su manera de la presencia deste objeto. Y por esso demás de la voluntad (que es la que está abrazada con lo que ama) aý tambien está el entendimiento pensando en ella: y la memoria acordandose della: y la lengua hablando y platicando della: y assi todos los otros senti-

(a) S. August. in Psalm. 71. tom. 10. de Civit. Dei, lib. 14. c. ultim.

tidos. Por lo qual dixo el Salvador: (a) Donde está tu thesoro (que es donde tienes puesto tu amor) así está tu corazón, que es tu voluntad y tu pensamiento, con todo lo demás que del corazón (esto es de la voluntad) depende. Porque la primera cosa que haze el amor es tomar la voluntad, haciendo que ella quiera lo que él quiere: y como la voluntad sea reyna de todo el hombre y de todas sus potencias, à donde está la voluntad, así están todas ellas. Y de aqui nasce aquella commun sententia que dice que el anima mas está donde ama, que en el mesmo cuerpo donde mora y dá vida.

Esto mesmo se confirma por aquella muy celebrada sententia de Sant Augustin, la qual dice (b) que lo que es el peso de los elementos y cuerpos naturales, esso es el amor en las criaturas racionales. Por donde assi como todas las cosas naturales se mueven conforme al peso que tienen: y assi unas se mueven à lo alto, como el ayre y el fuego: y otras à lo baxo, como la tierra y el agua, y todos los cuerpos pesados; assi tambien las criaturas racionales se mueven conforme al amor que en ellas predomina y reyna. De manera que si predomina el amor de la tierra, todos los movimientos, y deseos, y tratos, y exercicios son de la tierra: mas si por el contrario predominare el amor del cielo, todo esto será en el cielo: como lo era en el Apostol, que decia: (c) Nuestra conversacion es en los cielos. En lo qual parece que el amor de Dios es como fuego que naturalmente sube à lo alto, y allí solamente reposa: mas este otro es como tierra pesada, que naturalmente tira para abaxo; porque allí tiene su centro, y allí solamente descansa. Por dó parece de quàn diferentes vidas sean causa estos dos amores; pues el uno haze que la vi-

(a) *Matth. 6. 19.* (b) *Aug. de Civit. Dei. lib. 11. c. 28.* (c) *Philip. 3. 20.* (d) *Isai. 48.*

da toda sea terrena, y el otro toda celestial.

Pues bolviendo à nuestro proposito, si es verdad que el principal medio para alcanzar el amor de Dios es traer el hombre todas las potencias de su anima levantadas y puestas en él, pensando dia y noche en sus grandezas y maravillas, y en todo lo que nos pudiere mover à su amor: cómo podrá hazer este officio el hombre lleno del amor de las cosas terrenas, el qual tiene su entendimiento, su voluntad, su memoria, su imaginacion, y su affection, y todos sus sentidos y cuidados presos y captivos en ellas? Dónde hallará aqui lugar desocupado el amor de Dios? dónde se aposentará? de qué potencias se servirá? en que obrará? pues todo está ya tomado y ocupado por otro peregrino amor? Una tabla escripta, ò pintada de unas figuras cómo estará capaz de recibir otras, si no se borran las primeras? Una tierra sembrada de una simiente, cómo podrá recibir y dar el fruto de otra diferente? Pues segun esto, un corazón que está todo tomado del amor del mundo, cómo estará habil para recibir el amor de Dios, mayormente siendole tan contrario? Por lo qual dixo muy bien Seneca, que el que de verdad amaba, no podia amar mas que una cosa sola. Porque de aqui nascen los zelos tan bravos entre los que carnalmente se aman: porque luego entiende la una parte que no ay amor entero para ella, si se pone en otro lugar: como acaesce en las aguas de las fuentes, que quanto mas dán por un caño, menos tienen que dár por otro. Por la qual causa dixo el Señor por Isaías, (d) hablando con las animas que dexaban à él por otros amadores: Estrecha es la cama, y por esso uno ha de caer della: y la vestidura es angosta, y no basta para cubrir à dos. La qual sententia

es de *Isai. 48. 11.* en

en ninguna cosa se puede mejor verificar que en la obra del amor.

Pues de aqui nasce estar las tales personas inhabiles para los exercicios del amor de Dios; como se ve por experiencia. Porque en queriendo recogerse un poco, y levantar el corazón à él, son tantas las imagines y figuras, y tantos los pensamientos y cuidados que se les ponen delante, que apenas pueden tener por un breve espacio fixo el corazón en Dios: porque estos cuidados lo llevan en pós de sí: y aun muchas vezes llevan corazón y cuerpo juntamente; por acudir al provecho de las cosas que demasiadamente aman. De manera, que este tyranno no se contenta con tomar el corazón y cuerpo, con todos los sentidos y potencias; mas toma tambien todo el tiempo y todas las horas: para que ni quede cuerpo, ni espíritu, ni corazón libre para las cosas de Dios. Desta manera el amador del interesse, ò de la honra, ò de letras (quando se aman desordenadamente) acude luego à todas las maneras de tratos, de negocios, ò de exercicios por donde estas cosas se alcanzan, pareciendole tiempo perdido el que fuera desto se gasta.

V. IMPEDIMENTO. Mas qué diré? que no solo por todas estas vias corta el hilo este mal amor à todos los espirituales exercicios, sino tambien los haze pesados y desabridos. Porque (como dice el Apostol) (a) el hombre animal no entiende las cosas que son del espíritu de Dios: y como no las entiende, no las ama: y como no las ama, no las gusta: y donde no ay gusto, no ay trabajo ni exercicio. Porque como dice muy bién el proverbio: (b) El deleyte acaba las obras: las obras que les ponemos.

VI. IMPEDIMENTO. Impide tambien por otra via este amor: porque por la mayor parte corrompe la intencion y fin de nuestras obras: las quales son tales, qual es el fin que les ponemos.

Tom. III. de la obra de la caridad.

Por donde assi como el amor de Dios todas las cosas ordena à Dios, de manera que à él haze último fin, y à todas las otras cosas medios para él: assi por el contrario el amor proprio todas las cosas ordena para el bien de su dueño, y à él haze su último fin. Item, el amor de Dios en todas las cosas busca à Dios, aunque sea con menoscabo suyo: mas el amor proprio en todas ellas busca su interesse y su honra, aunque sea con menoscabo de la de Dios. Item, el amor de Dios en todo procura agradar à Dios, y hazerle la voluntad, negando la suya propia: mas el amor proprio en todo busca su proprio contentamiento y voluntad, aunque sea contra la de Dios. De donde nasce que el amor de Dios procura exercitarse en todas las virtudes, porque con estas huelga Dios: y el amor proprio en todo lo que le acarrea contentamiento, porque con esto se deleyta él. Por las quales diferencias claramente se verá quàn imposible sea morar estos dos amores en un corazón, siendo tan contrario el uno del otro; y por esso es necesario que vaya fuera el uno, si queremos recibir el otro. Por donde assi como un vaso que está lleno de un liquor, es necesario que se vacie, si ha de recibir otro liquor, mayormente quando el uno es amargo y el otro dulce: assi es tambien necesario vaciar nuestro corazón del amargura del amor proprio, si queremos infundir en él la dulzura del amor divino. Lo qual elegantemente explicó S. Augustin por otra comparacion, diciendo: (c) Pensad hermanos que la mano es el amor: la qual si tiene una cosa, no puede recibir otra. Donde para poder tomar lo que le dán, ha de soltar lo que tiene. En lo qual quiero decir, que quien ama al mundo no puede amar à Dios, porque tiene ocupada la mano de su anima con esse amor.

Mm

Por

(c) *S. Aug. in prof. Psal. 99. tom. 8.*

(a) *1. Cor. 2. 14.* (b) *Ecclesi. 3. 1.*

Por dó parece que estos dos amores son como dos balanzas de un peso: las cuales se han de tal manera, que necesariamente si la una sube, la otra baxa, y al revés. Porque quanto crece el amor de Dios, tanto descrece el amor propio: y quanto crece el amor propio, tanto descrece el amor de Dios. Por donde se ve claro quan lejos están del amor de Dios los grandes amadores de sí mesmos, quales son los hombres interessales, ambiciosos, regalados, y pusillanimes: porque estos como tienen los corazones pequeños, todas las cosas que les tocan, tienen por grandes: y assi conforme à esto las temen, y aman, y procuran desordenadamente.

Mas porque no se espante nadie, ni tenga por cosa muy pesada la que aqui le pedimos, entienda que algo desto alcanzaron los Philosophos antiguos sin tener la lumbre del Evangelio, y exemplos de Christo que nosotros tenemos: porque Platón, despues de aver tratado muy copiosamente, como la verdadera sabiduria y la perfection del hombre consiste en morir à la afficion desordenada deste cuerpo, y à las cosas que le pertenescen; para vivir (en quanto sea possible) con sola la mejor parte de nosotros, que es el espíritu, empleandolo en la consideracion y amor de Dios (como lo hazen siempre aquellas altissimas substancias que carecen de cuerpo) vino à resumir toda la perfecta sabiduria en dos cosas; que es, en aversion, y conversion: esto es, en apartar el amor de todas las cosas transitorias y convertirlo à las eternas. Y este mesmo parecer signieron despues todos los Philosophos que de aquella escuela salieron: Pues segun esto no es maravilla que la fé y lumbre del Evangelio professe lo que rastreó la lumbre de la razon.

CAPITULO IV.

De los medios y ayudas que ay para alcanzar victoria del amor desordenado de sí mesmo.

MAs porque la difficultad de vencer esta tan poderosa inclinacion no nos haga desmayar, será bien declarar aqui las ayudas que para esto tenemos. Entre las quales la primera y mas principal es la del mesmo amor de Dios: que assi como es tan contrario al amor propio, assi es el que mas guerra le haze, y mas aína le echa de casa. Porque assi como la luz de la mañana despide las tinieblas de la noche, de tal manera que el crecer de la luz es desorescer las tinieblas, y deserescer estas es crecer mas la luz: assi tambien quanto mas crece el amor de Dios, tanto deseresce el amor propio: y quanto este mas deseresce, tanto el otro crece mas. Lo mesmo tambien se declara por otro exemplo muy conveniente. Porque assi como para que el ayre entre por una ventana es menester primero abrir las puertas della, las quales abre el mesmo ayre que entra: assi tambien para que entre en nuestras animas el amor divino, conviene echar fuera el amor desordenado: mas este divino amor es el que mas ayuda à despedir del animá todo otro contrario amor. La razon desto es, porque juntamente con este amor de Dios entra el mesmo Dios, que es el autor desta virtud celestial: y juntamente con él vienen otros bienes y deleites de tan grande dignidad y suavidad, que facilmente acaba consigo el hombre que los ha gustado, despedir y dár de mano à todos los otros bienes por estos bienes, y à todos los otros gustos por este gusto: porque ve por experiencia quanto mas le rentan estos que todos los otros. Por donde assi como de muy buena gana resigna el Clerigo un Beneficio pequeño, porquè le da otro mayor: y de mejor gana dexa

ria un labrador el arado, si supiesse que del arado le avian de passar à otro mas alto estado: assi facilmente despide de sí el amor de los bienes terrenos, el que sabe que por esto le han de dár aun en esta vida otros sin comparacion mayores. Lo qual es en tanta manera verdad, que (como dice S. Augustin) una sola gota que se beba deste rio del paraíso, basta para apagar la sed de todos los bienes del mundo. Mas si creemos à Sant Bernardo (como es razon) no solo basta para perder el deseo destes bienes, sino tambien para escupirlos y abominarlos: como claramente lo muestra él tratando aquellas palabras del libro de los Cantares: con las quales amenazando y enseñando el Esposo celestial à su amada Esposa, le dice assi: (a) Si no te conoces, ó la mas hermosa de las mugeres, salte y vete en pós del rastro de tus ganados, y apacienta tus cabritos pár de las majadas de los pastores. Sobre las quales palabras este santo glorioso dice assi: (b) El anima que ya una vez aprendió del Señor à entrar dentro de sí mesma, y à sospirar dentro de sí por su presencia, y gozar della en su manera, no sé si tomaria antes por partido padecer por algun tiempo las penas sensitivas del infierno, que ser destetada, y carecer del la dulzura destes pechos divinos, y quedar obligada à bolver otra vez à buscar recreaciones sensuales en las cosas humanas. Porque esto es apacientar sus cabritos (que son sus affectos y sentidos) pár de las majadas de los pastores: que es, donde los hombres del mundo apacientan sus appetitos y deseos sensuales. Mira pues agora, ruégote, quan lejos estará el verdadero amador de Dios de dexar su amor por los amores y deleites del mundo, si ha llegado à gozar de otras tan grandes consolaciones, que en comparacion dellas tiene à todos los gustos y placeres.

Tom. III.

res del mundo por poco menos trabajosos que las penas del infierno. En lo qual tambien aprenderás que tan grandes sean aquellas consolaciones y bienes, en cuya comparacion todos aquellos bienes por que los hombres del mundo se desprecian, vienen à parecer infierno. Assi que, hermano mio, no desmayes; pues la mesma charidad que buscas, te ayudará à echar de casa à los mesmos enemigos que te hazen la guerra: pues (segun está declarado) assi como ella vá creciendo, assi los enemigos ván afflojando, y perdiendo las fuerzas.

Ayuda tambien à esto mesmo la instancia de la oracion con que se alcanza la divina gracia; que es mas poderosa que la naturaleza dañada, y assi prevalece contra ella. Acuerdate que con el sonido de las trompetas sacerdotales cayeron por tierra los muros de Hierichó: (c) para que por aqui entiendas que al sonido de la oracion (que es propia de los Sacerdotes) caen por tierra las fuerzas de todos nuestros adversarios. Lo qual veen por experiencia cada dia los que se dán à esta virtud: pues tantas veces saliendo della, hallan sus animas tan alegres y tan esforzadas, que por entonces no les parece que ay lanza en hiesta contra ellas.

De lo que en particular se ha de hazer para desarraigar el desordenado amor proprio.

MAs con todos estos socorros no se debe el hombre descuidar, sino antes debe continuamente aparejarse y disponerse con la pureza de la vida à las influencias de la gracia; porque no aya de su parte cosa que para esto le cierre la puerta: y desta manera juntará en uno estas dos manos que para cada buena obra se requieren: que son trabajo del hombre, y gracia de Dios.

Mm 2

Pues

(a) Cant. x. (b) Sup. Cant. serm. 35, in princ. (c) Jos. 6.

Pues para esto debe primeramente hazer todo lo possible por desarraigar de su anima este mal amor. Y porque él está preso con tantas raizes, quantos appetitos tiene de bienes terrenos, todos estos ha de trabajar de cortar cada uno por sí con el cuchillo del amor y temor de Dios.

Pues conforme à esto, primeramente trabaje por mortificar el amor desordenado de las honras y alabanzas humanas, y el ayre popular que passa mas ligero que el viento, con todas las otras pompas, y dignidades, y fausto del mundo: pues el desco desordenado destas cosas es lenguaje del mundo, obra de vanidad, y ramo de soberbia: que fue la primera puerta de perdicion que se abrió en el cielo y en el paraíso, y agora está abierta en el mundo. Para esto señaladamente ayuda aquella nobilissima virtud de la humildad, raiz y fundamento de todas las virtudes; assi como la soberbia lo es de todos los vicios, de que tratarémos adelante: à la qual pertenesce escoger siempre el lugar mas baxo, assi en la interior reputacion y desprecio de sí mesmo, como en todo tratamiento y servicio exterior de la persona, deseando antes servir y lavar los pies de los otros con Christo, que escoger el mas alto lugar con el demonio; guardando con todo el decóro que se debe à la persona y autoridad del officio.

Por la mesma manera trabaje por mortificar el amor desordenado de la hacienda; pues no ay razon para que sea tan amado un bien que ni persevera con su dueño, ni es parte para hazerle mejor ni mayor, ni mas sabio, ni mas alegre: antes es à muchos materia de vicios, nutrimento de regalos, despertador de cuidados, y estímulo de soberbia y presumpcion. Y (lo que mas es) aun para solo esso que parece que pudiera aprovechar, no aprovecha: que es, para apagar el appetito de la cob-

dicia. Por lo qual dixo muy bien Seneca: De qué mal nos pueden librar las riquezas, pues no nos libran de la cobdicia de sí mesmas? Para esto le ayudará la virtud de la pobreza Evangelica (que es la primera de las ocho bienaventuranças de Christo) (a) à la qual pertenesce no solo el desprecio voluntario de todas las riquezas del mundo (como lo tuvo Sant Gregorio en medio de tantas riquezas) sino tambien el amor, è imitacion de la desnudéz y pobreza de Christo. Por el qual debe el hombre escoger todas las cosas que se requieren al uso de la vida, viles y pobres: pobre casa, y pobre cama, pobre mesa, pobre vestidura, y pobres alhagas: y finalmente todo lo demás sea tal que trayga consigo olor de pobreza: guardando con todo esso la decencia del estado de la persona, como agora acabamos de decir. Y si esto hiziere, sepa cierto que demás del reyno del cielo que el Salvador promete en premio desto, será libre de la cobdicia, pestilencia commun del genero humano, destruccion de la Iglesia, y simiente universal de todos los peccados y cuidados del mundo. Y allende desto sepa que quanto mas pobre fuere en el cuerpo, tanto mas rico será en el espiritu.

Trás desto trabaje tambien por mortificar todos los deleytes de los sentidos: assi de los ojos, como de los oidos, y como tambien del gusto, y del tacto, con todos los otros appetitos de cosas curiosas y vistosas; haciendo sacrificio à Dios de todos estos deleytes, y derramando con David por amor dél la deseada agua de la cisterna de Bethlehém, (b) y sacrificando con Abraham el hijo tan amado; (c) renunciando de buena gana por él todos estos deleytes, y abrazando la aspereza de su cruz. Mire para esto quán asperamente trataron sus cuerpos todos los sanctos; y señaladamente aquel que por boca del Salvador fue pro-

(a) Matt. 5. (b) 2. Reg. 23. (c) Gen. 22.

pronunciado por no inferior à ninguno dellos: pues se vestia de un cilicio, y comia langostas, y miel silvestre, y nunca bebió vino, ni sidra, y moraba en los desiertos, alexado de toda recreacion y consolacion humana: (a) y trabaje quanto pudiere por imitar algo del rigor y aspereza dellos, si quiere gozar de las consolaciones dellos: pues está claro que estas no se dán sino à los que assi se affligieren como ellos. Porque si el Spiritu Sancto no vino sobre los Discipulos mientras estuvo el Salvador corporalmente con ellos (porque no quiso la Sabiduria divina que tuviessen dos consoladores juntos) mucho menos querrá embiar consolaciones del cielo à los que se entregan à consolaciones de la tierra. Lo qual entendia muy bien el Sancto Job, (b) quando dixo que la Sabiduria divina; esto es, el conocimiento amoroso y suave de Dios, no se hallaba en la tierra de los que suavemente vivian: para que por aqui entiendas quán lexos anda de hallar à Dios quien en esta tierra le busca: que es el que regaladamente vive.

Esta manera pues debe el hombre ir muriendo cada dia à todas estas afficiones, para que viva à solo Dios, y assi se haga todo espiritual; y quanto mas espiritual, tanto mas semejante à Dios, que es spiritu puro; y mas dispuesto para unirse y hazerse una cosa con él. Y demás desto, porque aqui principalmente pretendemos mortificar el amor proprio, y un contrario no se puede vencer sino con otro contrario; por tanto debemos trabajar todo lo possible por introducir en nuestras animas una justa indignacion y odio sancto de nuestra carne con sus desordenados appetitos; para que este eche fuera el amor proprio su contrario. Lo qual nos enseñó el Salvador, quando dixo: (c) Si alguno quisiere venir en pós de mí, niegue à sí mesmo, y tome su cruz, y sigame. Porque quien amare desor-

(a) Matt. 11. (b) Marc. 1.

denadamente su vida, la perderá: y quien la aborresce en este mundo por amor de mí, la hallará en la vida eterna. En las quales palabras encomienda el Señor la mortificacion y negamiento de sí mesmo, que es la cruz de la vida Christiana. Y porque entendia él muy bien que esto no se podia hazer sino echando fuera de casa un amor malo con un odio bueno, añadió luego diciendo: El que ama su vida, esse la perderá, y el que la aborresciere, esse la hallará. Mas porque no se espante nadie, quando oye decir odio y aborrescimiento de sí mesmo; sepa que no tratamos aqui de lo que es obra y criatura de Dios; sino de lo que es obra de aquella serpiente antigua, que con su ponzoñoso silvo inficionó nuestra carne, y dexó en ella todos los resabios y appetitos desordenados, y malas inclinaciones que tiene: contra las quales es este sancto odio que aqui llamamos. El qual aunque sea propriamente contra estas malas inclinaciones que manaron del peccado; mas porque ellas están afixadas en nuestra carne, y con el regalo della crescen ellas; por esso tambien maltratamos à ella como à receptadora y fautora de nuestros enemigos. Mas este maltratamiento que procede de una justa indignacion y odio sancto contra ella, aunque le llamaron odio, verdaderamente es el mayor amor que el hombre le puede tener. Lo qual se prueba muy bien por una respuesta que San Bernardo dió à unos que se espantaban de sus Monges, por tratar tan mal sus cuerpos, diciendo que les tenian odio capital. A los quales respondió el sancto varon, diciendo que ellos de verdad eran los que aborrescian sus cuerpos: pues por darles un poco de gusto de deleytes sensuales, los obligaban à tormentos eternos: mas los Monges de verdad los amaban; pues los effligian un poco de tiempo, para merescerles descanso perdu-

(b) Job 28. (c) Matt. 16.

durable. Porque no aborresce el padre al hijo enfermo, quando le quita de las manos la golosina que le ha de dañar: ni tampoco quando lo castiga asperamente, si es travieso; antes entonces mas de verdad le ama.

Pues el que quisiere saber de qué manera se podrá criar en nuestras animas este sancto y amoroso odio de nuestra carne, sepa que se cria como el mismo amor. Porque assi como multiplicando obras de amor de Dios, se vá criándoy fortificando este sancto amor; assi tambien multiplicando obras de odio (que son rigores y malos tratamientos de su cuerpo) se vá poco à poco introduciendo y criando este sancto odio. Por lo qual el deseoso deste divino amor debe trabajar por hazer à su cuerpo todos los malos tratamientos que buenamente y con discrecion pudiere: acordandose que de los que hazen lo contrario está escripto: (a) El que delicadamente cria su siervo desde su primera edad, despues lo hallará rebelde y contumáz. Pues por no venir à esto, trabaje siempre el hombre por tratar este mal siervo con rigor y aspereza en todas las cosas: en el comer, en el beber, en el dormir, en el vestir, y en todo lo demás: dándole el pan por tassa, y castigandolo muchas vezes con disciplinas, con cilicios, con ayunos, y con dura cama, segun que lo suffriere el estado, la salud, y condicion de cada uno. Y muchas vezes debe hazer esto aun en cosas no necessarias, por criar en sí este habito tan necessario para cumplir las necessarias: como lo hazen los que se crian para la guerra, que exercitan en tiempo de paz lo que han de hazer en tiempo de guerra. Y esta me parece aver sido una de las causas por donde todos los sanctos, y señaladamente aquellos Padres del yermo, à quien los muchos años de vida y abstinencia avian puesto fuera de los peligros

y tentaciones de la carne, con todo esso nunca dexaban la acostumbrada aspereza y maceracion della: no tanto por los peligros della, quanto por no perder el exercicio del mal natural, haziendo siempre cosas contrarias al amor proprio.

Y para poder con mas facilidad usar el hombre deste rigor y severidad con su cuerpo, debe considerar que el hombre no es criatura sencilla, como lo son todas las otras criaturas, assi del cielo como de la tierra (las quales son, ó puramente espirituales, como son los Angeles; ó puramente corporales, como son todas las demás) sino es compuesto de dos partes, una espiritual y otra corporal, tan diferentes entre sí, que à la una llama el Apostol hombre interior, y à la otra hombre exterior. (b) De suerte que en un hombre en cierta manera ay dos hombres, tan contrarios en sus inclinaciones, quanto lo son en sus naturalezas. Porque el cuerpo ama las cosas corporales y temporales; mas el espíritu las espirituales y eternas, como cosas semejantes y proporcionadas à su naturaleza. Pues gran parte del estudio y exercicio de la virtud consiste en hazer que esta parte corporal obedezca à la espiritual, y desistiendo de sus appetitos, y resabios, y malas inclinaciones, se conforme (en quanto sea posible) con la parte espiritual del hombre, como lo hazia el Apostol: el qual dice (c) que castigaba su cuerpo, y lo hazia estar à raya, y servir al espíritu, y no à sus appetitos. De manera, que se avia con él, como un cavallero que vá sobre un cavallo furioso y mal enfrenado, del qual con industria y valor se apodera, y le haze caminar por dó quiere, y al passo que quiere. Algunos Philosophos uvo que encarecieron tanto esta division de las dos partes del hombre, que el espíritu decian

ser

ser el verdadero hombre, y el cuerpo tenian por una como vestidura de que estaba cercado este hombre. De donde procedió que Necrocion, tyranno de Chypre, aviendo à las manos à Anaxareho, insigne Philosopho, acordandose de cierta injuria que de él avia recebido en tiempo de Alexandro Magno, le mandó moler en un almirez de hierro con mazos de hierro: donde el animoso Philosopho pronunció aquella memorable palabra: Quebranta y muele quanto quisieres, tyranno, la vestidura de Anaxareho; porque en Anaxareho no tocarás. He traido este exemplo, para que el amator de la perfection entienda la division destas dos partes que ay en el hombre (aunque no de la manera que este Philosopho lo entendia) para que quando su espíritu castigare à su cuerpo, entienda que no pelea contra sí mismo, sino contra un contrario que tiene à párd de sí.

Y para esta severidad y sancto odio le ayudará grandemente (como diximos) el amor de Dios; de quien está escripto en los Cantares (a) que es fuerte como la muerte. Y el sentido destas palabras es, que assi como la muerte aparta al hombre del amor, y trato de todas las cosas del mundo, assi el amor de Dios, apoderado de nuestro espíritu, lo fortalece de tal manera, que se aparta de la aficion que tiene à su carne, de tal modo que no se dexa llevar de sus appetitos y cobdicias, y malas inclinaciones della; mas antes haze que la carne sirva à los deseos del espíritu. Y esto es lo que el Apostol breve y divinamente significó quando dixo (b) que la palabra de Dios era viva, y penetraba mas que qualquier cuchillo de ambas partes agudo; la qual llegaba à hazer division y apartamiento entre el espíritu y el anima: entendiendo por anima la parte sensitiva della, donde están nuestros

ser

appetitos sensuales, que por otro nombre se llaman carne. En lo qual dió à entender la virtud de la palabra de Dios y de su gracia: la qual haze que nuestro espíritu se aparte de todos los appetitos, y resabios, y malas inclinaciones de nuestra carne, y no se dexa llevar dellas, como lo hazen los espiritus de los hombres carnales, que en todo y por todo se dexan llevar de ellos: y toda su habilidad y agudeza emplean en buscar è inventar todos los modos y maneras que pueden para hazer fiesta à su carne, y darle cumplimiento de todos sus appetitos. De suerte que assi como el mesmo Apostol dixo (c) que el que se llega à la mala muger se haze un cuerpo con ella; assi llegandose el espíritu desta manera à nuestra carne, viene à caer de su natural generosidad y nobleza, y hazerse todo carne. Lo contrario de lo qual haze la palabra de Dios y su gracia en los sanctos, poniendo esta saludable division y enemistad entre el espíritu y la carne.

Estos son documentos generales que universalmente pertenescen à todos; pues en todos ay amor proprio y propia voluntad. Mas con esto quiero juntar otros particulares para remedio de particulares resabios y malas inclinaciones: con que cada uno nasce, ó que por mala costumbre ha adquirido. Porque aunque estos no sean males tan generales como estotros, peto todavia una sola mala inclinacion no vencida basta para impedimento de la perfection, y para abrir la puerta à todos los enemigos del anima. Pues por esto conviene que sea el hombre diligentissimo escudriñador de todos sus resabios y malas inclinaciones, y pida à nuestro Señor lumbr para conoerlas: y conocidas procure hazerles guerra perpetua, no perdiendo la esperanza de la victoria. Porque quien pudo en su Evangelio hazer del agua vino, y cada dia haze de las piedras hijos de Abraham, (d) tambien

bien

(a) Prov. 29.

(b) 2. Cor. 4. (c) 1. Cor. 9.

(a) Cant. 8. (b) Hébr. 4.

(c) 1. Cor. 6. (d) Joan. 2.

bien podrá mudar sus naturales condiciones en otras, y hazerlas de malas buenas. Desta manera pues y con estos ejercicios se irá poco à poco venciendo la naturaleza, è introduciendo en nuestra anima este sancto odio, que basta para echar fuera sus contrarios: que son, amor desordenado de sí mesmo, y propria voluntad.

De las razones que ay para tener justa indignacion y aborrescimiento sancto à nuestra carne.

MAs por ventura replicarás: Cómo será possible que nadie pueda concebir odio contra sí mesmo: esto es, contra su proprio cuerpo de quien naturalmente es tan amigo: mayormente diciendo el Apostol (a) que ninguno tuvo odio à su propria carne; antes cada uno la cria y regala? Esta replica propriamente es de carne y de sangre: mas el espiritu y la gracia antes preguntará con mayor razon, cómo es possible que esto dexé de ser assi? Porque qué cosa ay debaxo del cielo mas abominable y aborrescible que el peccado? Comparalo con el mesmo inferno, y hallarás que es mayor mal el peccado que el inferno: porque el peccado es causa del inferno, y el inferno es menor castigo del que merese el peccado. Pues quién ha sido ocasion de la mayor parte de los peccados que en este mundo tienes hechos, sino tu propria carne? Pues no te parece que merese ser pisada y despreciada una cosa que te ha sido ocasion y motivo de tanto mal? Quántas vezes te ha puesto en el inferno? quántas vezes te ha hecho offender aquella infinita bondad? de quántos bienes espirituales te ha privado? quántas vezes pone tu salvacion en peligro cada hora? Pues cómo no te indignarás contra quien tantos males te ha hecho, y

tantos bienes te ha impedido, y en tanto peligro te pone? Si aborresces al demonio, y le tienes por capital enemigo, por la guerra y daño que te haze; sabete cierto que ni todos los demonios juntos te pueden hazer, ni tan cruel guerra, ni tan continua, quanto tú con tu propria carne, que vive contigo. Porque muy poco podrian esos demonios, si no tuviessen de su parte essa Eva, para hazerte guerra por ella. De suerte que siendo los mayores enemigos del hombre el inferno, el demonio, el mundo, nuestra carne, y el peccado: despues del peccado, que es el mayor, el segundo es nuestra carne, que es la madre y la simiente del peccado: por lo qual el Apostol la llamó peccado. (b) Y por esto el primer odio del verdadero amador de Dios ha de ser contra el peccado, y el segundo contra las malas inclinaciones de su propria carne, que es la atizadora del peccado.

Mas poco dixé en decir que la carne por parte de sus appetitos es la principal ocasion de quantos peccados has cometido contra Dios: porque con la mesma verdad y razon diré que lo es tambien casi de todos quantos peccados se han hecho, y harán, y hazen cada dia en el mundo. Y si el mundo está el dia de oy como está, hirviendo en tantas maneras de delicias, de cobdicias, de vanidades, de juegos, de invenciones de trages, y de potages, y deleytes sensuales, claro está que la carne es una de las más principales fuentes de donde todo esto procede: y ella es la que principalmente tiene destruido el mundo; y tan abatida la honra y gloria del Señor que lo sería. Y aun si quieres concebir más justa indignacion contra ella, acuerdate que los vicios y peccados que della procedieron, fueron los que crucificaron à tu Dios y Señor; y los que lo azotaron, y abofetearon, y escarnecieron, y coronaron, y die-

(a) Ephes. 5.

(b) Rom. 8.

ron à beber hiel y vinagre: pues está claro que si no hubiera peccados de por medio, no avia porque padecer lo que padesció. Pues siendo esto assi, cómo será possible que nemes desordenadamente à quien assi conjunó contra la muerte de tu Señor? En lo qual verás como mirando esto con ojos de razon, mayor maravilla es aver quien a me tanto su propria carne, recibiendo estas obras dellas, que aver quien la aborrezca. Mas esto mal haze, no la razon, sino el vinculo de naturaleza, que nos haze tanto amar à quien tanto debieramos de despreciar. Lo qual me parece que veí divinamente figurado en aquel extraño amor que David tuvo à su hijo Absalón: pues aviendo recebido dél las mayores offensas que recibió padre de hijo, todavia procuró su vida, y lloró su muerte con gran dolor. (a) Pues lo que aqui hazia el vinculo de naturaleza, haze el amor desordenado que tenemos à nuestra carne. Porque por lo demás no merese ella ser mas amada que lo merescia Absalón, el peor de los hijos del mundo. Assi que no procede esto por orden de justicia, sino por miserable dolencia de naturaleza.

Demás desto para eximirte deste yugo, debes tambien considerar quán fea cosa sea, que una criatura tan generosa como el hombre (que es capaz de Dios y de su gloria) venga à ser esclavo de una cosa tan bestial, como es su carne con sus appetitos y deleytes. Divinamente dixo Seneca: Mayor soy, y para mayores cosas nascí, que para ser esclavo de mi proprio cuerpo. Qué otra cosa es hazer esto, sino (en buen romanze) andar con el hijo prodigo à guardar puercos? Porque assi como los puercos se deleytan con el hedór del cieno; assi los appetitos de nuestra carne en ninguna otra cosa se deleytan, sino en el cieno sucio de los deleytes sensuales. Y por esto quien desta manera vive, sépa que en los

Tom. III.

ojos de Dios anda con este hijo prodigo guardando puercos. Pues qué cosa mas indigna de la generosidad y nobleza del hombre, que para tan grandes cosas fue criado, que gastar la vida en tan vil ocupacion? en la qual (por nuestra gran ceguedad) se ocupa hoy la mejor y mayor parte del mundo. Porque qué otra cosa con mayor cuidado y ansia procuran los hombres, que el regalo, y pompa, y buen tratamiento de sus cuerpos, y las riquezas del mundo con que poder sustentar todo esto? Contra los quales no quiero alegar lo que los sanctos dicen, sino lo que aquel Mercurio Trismegisto, Philosopho gentily dice, exclamando assi: O hombres que morais en la tierra, que os aveis entregado al sueño, y à la embriaguez, y à la ignorancia, vivid ya templadamente, y apartaos del regalo y servicio de vuestro vientre. Porque cebados con la dulzura del sueño bestial correis al despeñadero de la muerte, no faltandoos aparejo para alcanzar la immortalidad? Bolved sobre vosotros los que oviais en pobreza de vuestras animas, y en tinieblas de ignorancia. Salid dessa escurecida lumbré: procurad la immortalidad, y huid la corrupcion. Hasta aqui son palabras de Mercurio: las quales sirven para grandissima confusion del Pueblo Christiano, donde ay tantos que de tal manera se han entregado al servicio de su vientre, que debaxo de este nombre de Christo, viven como discipulos de Epicuro, que ponía la bienaventuranza en el deleyte.

Mas ya que llegamos à hazer mencion deste gran Philosopho, referiré aqui otra admirable sentencia suya, que alega Ludovico Celio en el 4. libro de las lecciones antiguas: la qual verdaderamente me puso admiracion quando la leí. Porque con ser esta doctrina que aqui hemos tratado la mas alta del Evangelio, él dice en pocas palabras

Na quan-

(a) 2. Reg. 18.

quanto aquí está dicho deste odio sancto de sí mismo, y juntamente enseña los motivos de que para este mesmo odio nos debemos de ayudar. Dice pues assi: O hijo, si no aborrescieres tu cuerpo, no puedes de verdad amar à tí mesmo: mas despues que te dexares de amar, y amares à Dios, luego tendrás verdadero y sano juicio: y este juicio alcanza luego la verdadera sabiduria: porque imposible cosa es ocuparse un hombre juntamente en las cosas mortales y en las divinas. Por tanto conviene despojarte de la ropa que traes vestida, que es vestidura de ignorancia, fundamento de maldad, vínculo de corrupcion, velo oscuro y sombrío, muerte viva, cuerpo muerto y sensible, sepultura movediza; y finalmente, ladron de casa, el qual mostrando que ama, nos aborrece, y aborresciendo, nos tiene invidia. Es tambien escuridad enemiga que abate el espíritu à las cosas de la tierra, para que no aborrezca la malicia del cuerpo, si viere la hermosura de la verdad. Hasta aqui son palabras deste Philosopho, à quien los antiguos tuvieron en tanta reputacion, que le pusieron por nombre Trismegisto, que quiere decir, tres vezes grandissimo. Y verdaderamente tuvieron razon para poner este nombre à quien en medio de las tinieblas de la gentilidad alcanzó tanta luz, como la que en estas palabras está encerrada. En las quales se deben notar los nombres que puso à este cuerpo (à quien el Apostol llama cuerpo de muerte) (a) mas este Philosopho le llama vestidura de ignorancia, muerte viva, sepultura movediza, cuerpo muerto y sensible: para significar que el anima está cercada dél, como el hombre de su vestidura; y como cuerpo muerto en su sepultura: la qual llama movediza, porque está el anima como sepultada en él, pero moviendose de una parte à otra. Y llamalo muy al proprio vestidura de ignorancia, por-

que él con la niebla de sus passiones ciega la lumbré de la razon para que no se vea la verdad. Y llamalo muerte viva: viva, porque siente; y muerte, porque mata al anima, teniendola dentro de sí como muerta, pues no la dexa usar de la generosidad y alteza de su naturaleza. Y añade mas, que el cuerpo con sus appetitos abate nuestro espíritu à las cosas de la tierra; para que ahogado y embuelto en ellas, no se levante à conocer la hermosura de la verdad, y assi venga à despreciar y aborrescer su cuerpo, de quien tanto daño recibe.

Pues estas consideraciones bien entendidas, criarán en nuestros corazones esta sancta indignacion; de donde nascerá el aspero tratamiento de nuestro cuerpo, que es lo que aqui se pretende. Y si aun con todo esto no pudieremos llegar à este odio, à lo menos lleguemos à tratar nuestros cuerpos de la manera que trata un discreto padre à un hijo que cria muy bien criado: al qual nunca muestra rostro alegre, sino severo y grave: acostumbRANDOLO à trabajos, y proveyendo como el comer, el vestir, el dormir, y todo lo demas sea aspero y ageno de todas las delicias y regalos del cuerpo: para que assi erie los cuerpos duros, y haga callos en el trabajo, y se habilite para todo lo que con virtud y honestidad convenga hazer: pues ninguna virtud ay sin trabajo y dificultad.

Mas porque esta bestia es tan indomable, que aun todo esto apenas bastará para vencerla, debe el hombre añadir à esto otra cosa semejante à la que haze para alcanzar el amor de Dios. Porque assi como el deseoso deste amor lo pide à Dios con toda instancia noche y dia: y juntamente con esto se exercita en considerar todas aquellas cosas que puedan inflammar su corazon en este amor (como es principalmente en la consideracion de los beneficios de Dios,

III. 101. y

(a) Rom. 7.

y en las perfecciones divinas) assi el que quiere criar este sancto odio en su anima, pidalo siempre à Dios, como le pide su amor: y pongase algunas vezes à considerar todo lo que à este sancto odio le pueda incitar; como es la muchedumbre de maledicios que desta mala carne avemos recebido (como ya se dixo) junto con las malicias y resabios que ella en sí tiene: para que esto nos despierte à tener contra ella la indignacion que nos merese. Todo esto, y aun Dios y ayuda es menester para criar en nuestras animas este affecto: pues no es negocio de menor dificultad aborrescer el hombre à sí, que amar à Dios.

Una persona devota avia, que acordandose de como el bienaventurado Sant Francisco, deseando mucho conocer à Dios para amarlo, y assimesmo para despreciarse, gastó la mayor parte de una noche repitiendo en una oracion estas palabras: Dios mio, conozca yo à tí, y conozca à mí: Dios mio, conozca yo à tí, y conozca à mí; esta persona tambien por exemplo del mesmo sancto repetia en su oracion otras palabras semejantes à estas, diciendo: Dios mio, amor y odio: Dios mio, amor y odio: entendiendo por el amor el de Dios: y por odio esta justà y saludable indignacion y severidad contra los appetitos de su carne. Y algunas vezes tomando una disciplina, repetia las mesmas palabras todo el tiempo que duraba, pidiendo à nuestro Señor este sancto affecto, y juntamente exercitandose en la obra con que él se eria: que es el castigo y rigor para con su cuerpo. Esta es buena manera de negociar con Dios, con la oracion en la boca (como dicen) y con la mano en la obra.

Y no se maraville nadie de tanta fábrica y municion como aqui se provee contra este amor proprio: porque es tan poderosa y tan general esta passion, que todo esto y mucho mas es menester para reducirla à aquella templanza y moderacion que conviene, pa-

Tom. III.

ra que no sea impedimento de las virtudes. Por donde assi como quando queremos enderezar una vara torcida la doblamos è inclinamos àzia la parte contraria; no para que se quede assi, sino para que finalmente venga à estar derecha: assi tambien cargamos la mano tanto contra el amor proprio: no para destruirlo, sino para enderezarlo y templarlo de la manera que arriba se declaró.

CAPITULO V.

De la purificacion y mortificacion de la propria voluntad.

Despues de la mortificacion y purificacion del amor proprio, sigue la de la propria voluntad, hermana è hija del mesmo amor. Mas por ventura preguntará alguno, en qué se diferencia la propria voluntad del amor proprio. A esto decimos que en la significacion que tomamos aqui estos dos nombres, por amor proprio (segun está dicho) entendemos el desordenado amor de todas las cosas que sirven al regalo del cuerpo, y al excesivo aparato y pompa del mundo. Mas por la propria voluntad entendemos, no solo el appetito destas mesmas cosas, sino tambien los appetitos è inclinaciones vehementes que los hombres tienen à otras cosas. Porque unos naturalmente son inclinados à jugar, otros à cazar, otros à montar, otros à pescar, otros à edificar, otros à hablar y conversar, otros à murmurar, otros à las letras profanas, otros à las armas, otros al regalo y buen tratamiento de sus cuerpos, otros à pompas y vanidades, otros à leer libros de cavallerias, otros à mudanzas de lugares, otros al vicio de la curiosidad, que es desear vér cosas nuevas, y saber las vidas ajenas: otros son como los Athenienses, que en ninguna otra cosa se ocupaban sino en oír nuevas: otros ay muy apprehensivos, los quales tambien son muy voluntarios, y assi son muy vehementes en todas las cosas

Nn 2 que

que quieren: finalmente, otros à otros infinitos generos de cosas, las quales son tantas quantas son las condiciones de los hombres; que quan diferentes son en los rostros, tanto lo son en las condiciones, y en los particulares appetitos è inclinaciones que dellas proceden. Esto es pues lo que llamamos aqui propria voluntad. Pues esta manera de voluntad ni es menos dañosa que el amor proprio, ni menos dificultosa de vencer: cuya victoria no es menòs necesaria que la dél. Porque como la summa de toda la Religion Christiana consiste en el amor de Dios, assi tambien consiste en perfectissima obediencia y conformidad con su sancta voluntad: lo qual es proprio effecto del mesmo amor de Dios. Porque (como dice un sabio) la verdadera y firme amistad es tener un mesmo querer y no querer con nuestro amigo. Por donde son estas dos virtudes tan hermanas entre sí, que el mesmo Señor en una parte dice: (a) El que me ama, guardará mis mandamientos: y en otra dice: (b) El que tiene mis mandamientos y los guarda, esse es el que me ama.

Pues esta perfectissima obediencia y conformidad de voluntades es la que haze al hombre verdadero siervo de Dios. Porque assi vemos que la mejor cosa que puede tener un siervo, es ser obedientissimo à su Señor, y hazer en todo y por todo su voluntad. Pues esta mesma promptitud de obediencia ha de tener el siervo de Dios à todo lo que manda él, y los que están en su lugar, obedesciendo à quanto él nos tiene declarado en sus Escrituras Divinas. Y no solo ha de obedescer en lo que manda por palabras, sino tambien en lo que significa por inspiraciones y llamamientos, con tal que sean conformes à las Escrituras Divinas, y doctrina de los Santos. Pongamos exemplo: Sientese un hombre que le vá bien con los ejercicios de la oracion y del recogimiento:

(a) Joan. 14. (b) Ibidem. (c) 1. The. 4.º sup.

Por otra parte es el mas inclinado à otro virtuoso exercicio en que no halla su ánima ni tan guardada, ni tan recogida, ni tan limpia de defectos como en el otro à que él no es tan inclinado. Este es indicio grande que le llama Dios al otro exercicio mas que à éste. Por lo qual le convendrá vencer en esta parte su proprio gusto è inclinacion, y dexar lo menos por lo mas: quando esto no militare contra su particular officio y obligacion. Porque aquella parece ser la voluntad de Dios; la qual siempre tira (como el Apostol dice) (c) à nuestra sanctificacion.

Y no solo en esto, mas tambien en todas las adversidades, enfermedades, pobreza, desamparados, y sequedades de espíritu, nos debemos conformar con la divina voluntad, estando siempre puestos en sus manos, y aparejados para tomar dellas el caliz que nos quisiere dár.

Los que esto hazen son los fieles y verdaderos siervos de Dios è hijos de obediencia: mas à los desobedientes llama la Scriptura hijos de Belial: (d) que quiere decir sin yugo: por ser rebeldes y de dura cerviz; como lo era aquel pueblo à quien dixo Dios por un Propheta: (e) Sé yo muy bien que eres tú duro, tieso, y hecho à tu voluntad, y tu cerviz es como una barra de hierro; y assi dende el vientre de tu madre te llamé rebelde.

Pues para evitar este nombre tan vergonzoso, y gozar de aquella dignidad tan grande de hijos de obediencia, es necesaria la negacion y mortificacion de la propria voluntad. La qual suele ser à vezes tan repugnante à la divina, que decia el Sancto Job: (f) Por qué, Señor, me pusiste contrario à tí, y soy hecho pesado à mi mesmo? Pues siendo esto assi, impossible es que reyne perfectamente en nosotros la voluntad divina, si no muriere la nuestra propria. De suerte que assi como arriba diximos que para alcanzar el

(a) Job. 19. (b) Tanq. 4.º (c) Job 7.º y 2.º sup.

amor divino era necesario mortificar el amor proprio: assi tambien para que reyne en nosotros la voluntad de Dios, ha de ser destruido el reyno de la nuestra. Y pues ambas voluntades ni pueden reynar ni vivir juntas, sino forzadamente ha de morir la una para que viva la otra: qué cosa mas justa que vivir la voluntad de Dios y no la del hombre? reynar Dios y no el hombre? Para lo qual no ay cosa que mas convenga que estudiar siempre en desapropiarnos de nuestra voluntad, para que se haga mas dulcemente la voluntad de Dios. Los que llevan carros, procuran untar los exes en que van las ruedas con azeyte, para que assi corran mejor: mas nosotros para que se cumpla en nos sin contradiccion la voluntad divina, es necesario desterrar primero la nuestra propia.

Este exercicio nos encomiendan los sanctos debaxo de diversos nombres: Porque unas vezes lo llaman abnegacion, otras mortificacion, y otras resignacion: los quales todos significan una mesma cosa, aunque por diversos nombres. Llamase abnegacion, porque negamos nuestra propria voluntad y libertad (que es una de las cosas mas íntimas y mas principal que ay en nosotros) poniendola en manos ajenas, y desistiendo del señorío natural della, y desposseyendonos y enagenandonos de nosotros mesmos: que es el mayor sacrificio que podemos offrescer à Dios. Llamase tambien mortificacion, porque matamos nuestro proprio querer, haciendo à Dios sacrificio dél: (a) lo qual porque no se haze sin dolor, con razon tiene nombre de sacrificio y mortificacion. Y llamase tambien resignacion (que es vocablo mas significativo) porque pone al hombre en las manos y subjeccion de Dios, y lo despoja de sí mesmo, como haze el que resigna un Beneficio en manos de un Prelado: lo qual no es otra cosa que desapropiarse

(a) Rom. 8.º (b) Heb. 9.º

dél, y ponerlo en la disposicion y voluntad del superior. Desta manera los sanctos varones se despojan de sus propias voluntades, y se subjectan à la de Dios, de tal manera que parece que están siempre diciendo con el Apostol: Señor, qué queréis que haga? (b)

Pues à este exercicio nos comienda el mesmo Señor debaxo de nombre de mortificacion, diciendo: (c) En verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo permanecerá: mas si muere, dará mucho fruto. Por dó parece que en la perfecta mortificacion está escondido el fruto de la verdadera vida: porque el que siempre muere en sí mesmo, siempre vive de nueva manera en Dios. El anima resignada y mortificada es como un racimo de ubas maduro y suave: mas la que no lo está, es como ubas verdes, que son azedas y desabridas. Ninguna cosa se puede offrescer à Dios mas agradable que la resignacion de la propria voluntad: porque ninguna cosa ay mas amada del hombre que ella. Por donde quando un hombre resiste à esta voluntad sensual, aunque sea en cosas pequeñas, tenga por cierto que haze à Dios un servicio muy agradable. Si assentado à la mesa se offresce una vianda sabrosa, la qual puede el hombre comer sin pecado, si con todo esto la dexa por amor de Dios, contradiciendo y negando en esto su appetito, sepa que haze un agradable servicio à este Señor: como se escribe que lo hizo David, quando no quiso beber el agua de la cisterna de Betlehem que tanto avia deseado: (d) no porque pensasse él que hazia mucho en darramar un vaso de agua por Dios; sino porque en esto sacrificaba el deseo de su voluntad, que avia sido muy grande: y assi entendia que offrescía grande sacrificio à Dios. Pues si tan grande galardón dá Dios por una tan pequeña mortificacion; qué tendrá aparejado para aquellos que por su amor

(c) Joan. 12.º (d) 2.º Reg. 23.º

à sí y à todas las cosas negaron? Para exercitarse en esta virtud debe muchas veces el hombre decir entre sí: Por amor de vos, Señor, no quiero ver aquello, ni oír lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar agora esta manera de recreacion: porque en todo esto merecerá, y se habituara à negar su propia voluntad. De suerte que assi como arriba diximos, que ayuda mucho para la mortificacion del amor proprio, resistir à sus appetitos aun en las cosas licitas; assi tambien aprovecha para la mortificacion de la propia voluntad, resistir muchas veces à sus deseos en las mismas cosas: porque pues estas dos passiones son entre sí tan semejantes, tambien lo han de ser los remedios y la cura dellas. Porque assi como el amor proprio es una passion vehementissima y difficultosissima de vencer, y que las mas veces se entremete en todas las obras que hazemos, assi tambien lo haze la propia voluntad: la qual es un abysmo profundissimo, que apenas se puede apear ni entender. Porque en muchas cosas (sin que lo sintamos) por mil maneras se atraviesa con color, yá de discrecion, yá de charidad, yá de necesidad, yá de cumplimiento, yá de misericordia, yá de justicia, yá por exemplos de otros, ò por no les ser molesto, y por otros honestissimos titulos; só color de los quales haze el hombre mas lo que quiere que lo que conviene, y mas su propia voluntad que la de Dios: y muchas veces sin que lo entienda, antes creyendo lo contrario. Lo qual aunque no todas veces sea peccado, todavia no dexa de ser engaño hazer nuestra propia voluntad, creyendo que hazemos la de Dios. Por tanto, pues los enemigos son los mismos, y el combate de una manera, tambien la resistencia ha de ser de la mesma manera, concibiendo dentro de nos un sancto odio contra esta mesma voluntad, y negandola en todo lo que nos fuere possible, rigiendonos de mejor gana por voluntad agena que por la nuestra, y holgando mas con la humilde

subjection de la obediencia, que con la libertad de la propia voluntad: y teniendo por sospechoso todo lo que quisieremos muy querido, si no fuere muy examinado. Y demás desto, todas las cosas que le sucedieren tome como de la mano de Dios, por muy asperas que sean: el qual tiene contados todos los cabellos de los suyos, y sin cuya voluntad no cae en tierra una hoja de un arbol: diciendo siempre en todos los trabajos aquellas palabras del Salvador: El caliz que me dió mi Padre, no quiero que beba?

Y quando vencido de su propia voluntad cayere en algun defecto, sospire y gima de corazon: mas no por esto desmaye, aunque le acaezca esto muchas veces al día: sino llame al Señor, y digale: Ha Señor Dios mio! quán miserable soy, pues assi viven las passiones en mí! O quán flaco y deleznable me hallo! Pensaba que estaba yá mortificada mi voluntad, y agora halloa tan rebelde y tan dura como de antes. Mas no desconfio, Señor, de vuestra piedad ni de vuestra gracia. Aved, Señor, misericordia de mí, y ayudadme: porque otra vez por vuestro amor determino de negar à mí, y à todas las cosas por vos. Desta manera haga oracion y se esfuerce; y no por esso piense que está en desgracia de Dios, por ser tan imperfecto: porque no puede dexar de ser acepto à este Señor quien dentro de corazon trabaja por serlo: y bienaventurado aquel à quien en medio desta empresa se le acabare la vida. Bien veo que esta mortificacion à los principios es difficultosa: pero despues que el hombre por algun espacio se uvier exercitado en ella, luego con el favor y ayuda del Señor, se le hará facil, como se hazen todas las cosas (por asperas que sean) con el uso y exercicio dellas.

Pues por estos medios se alcanza la mortificacion de la propia voluntad: y de los que à ella han yá llegado se entienden aquellas palabras del Apostol:

tol: (a) Y á vosotros, hermanos, estais muertos, y vuestra vida está escondida con Christo en Dios. Y si deseas saber quando ha llegado el hombre aquí, esto es, quando está desta manera muerto, digo que entonces lo estará, quando dexa su voluntad por la de Dios, quando despide de sí el proprio amor, quando renuncia los deleytes del mundo, quando mortifica los deseos desordenados de su carne, quando se tiene por el mas vil de todos, quando prontamente obedece à los hombres por Dios, quando no se embuelve en ocuidades superfluas, quando no juzga los hechos ni dichos de nadie, sino dexa cada cosa ser lo que es, quando ni se alegra con las alabanzas, ni se afflige con los denuestos, quando sufre quantos le quier injurias y adversidades pacientemente, quando de nadie se queja, y quando à todos los hombres abre el seno de su corazon, y los mira como à templos de Dios. El que todo esto haze es el que de verdad está muerto al mundo y vivo à Dios.

CAPITULO VI. De la mortificacion y purificacion de los appetitos y passiones naturales.

Despues de mortificado el amor proprio y la propia voluntad, siguen las passiones è inclinaciones que de aquí proceden: y assi conviene mortificarse, como cosas que nascieron de tal raiz. Para cuyo entendimiento es de saber que en nuestra anima ay dos partes principales que los Theologos llaman porcion superior è inferior. En la superior (que llaman espíritu ò mente) está la voluntad, y el entendimiento que rige essa mesma voluntad, y es como ojos della. En la inferior está el appetito sensitivo con la imaginacion, que es tambien como ojos deste appetito, y assi se mueve por ellos. En este appetito ponen los

Philosophos onze affectos, que podemos llamar passiones ò movimientos naturales, que son amor y odio, tristeza y alegria, desseo y huida, temer y osadia y confianza y desconfianza, ira. Estas dos partes y como republicas ay en el hombre: la una como de bestias, la otra como de Angeles: porque todo lo que ay en esta porcion inferior, tambien lo tienen las bestias y los otros animales como nós. Mas es de saber que antes del peccado esta porcion inferior estava perfectamente subjecta à la superior, como cosa menor noble à la mas noble, y como natural siervo à su Señor. Mas: por el peccado se perdió esta subjection: la qual no se restituye por el Sacramento del Bautismo, aunque por él se quite el peccado que la causó: y assi todavia queda en nosotros esta exemption y rebeldia de nuestro appetito para materia de merecimientos, y exercicio de virtud.

Pues en la victoria y moderacion destas passiones está la virtud, y está la paz interior, y la verdadera libertad del hombre. Y por esto aqui se emplea muy grande parte de las virtudes morales en domar y moderar estas passiones: especialmente la fortaleza y la templanza, con todas las otras partes y especies de estas virtudes, que se comprehenden debaxo dellas. De manera que assi como la sanidad y buena disposicion del cuerpo consiste en la proporcion de las quatro calidades y elementos de que somos compuestos, y la enfermedad en la desorden dellas: assi tambien la salud espiritual de nuestras animas, y la buena ò mala disposicion dellas, consiste en la templanza ò desorden destas passiones: porque quando están moderadas, estamos bien, y quando desordenadas, mal.

Por tanto debe el hombre estar siempre velando sobre la guarda des-

(a) Coloss. 3.